

El presente de la derecha y la ultraderecha en el mundo

OCTAVIO RODRÍGUEZ ARAUJO*

Resumen

En este artículo se revisan las características de los gobiernos de cinco continentes en el mundo actual. No es novedad que la derecha gobierne la mayor parte de los países del mundo, pero sí lo es que en los últimos años, sobre todo en Europa, haya triunfado electoralmente con el apoyo de la ultraderecha. Esta corriente, a pesar de que casi no participa en gobiernos, ha crecido en número y en influencia, especialmente entre sectores de clase media y desempleados. La derecha es, en el capitalismo, defensora de las desigualdades y de la dominación y relativamente tolerante hacia la existencia de razas, religiones y diversas culturas, mientras que la ultraderecha del presente suele ser racista, xenófoba, religiosa fundamentalista y particularmente intolerante hacia el multiculturalismo. En los países que no pertenecen al llamado mundo occidental predominan gobiernos que, con los criterios europeos, podrían ser ultraderechistas.

Abstract

This article revises the characteristics of governments in five continents today. It is well known that the right governs a great part of the countries in the world, but it is not known that in the last years its electoral success is due, particularly in Europe, to the support of the ultra-right. This current, even if not participating in governments, has grown in numbers and influence, especially among middle class and unemployed sectors. Within capitalism, the right defends inequalities and domination but it is relatively tolerant to races, religions and cultural diversity, while the ultra-right tends to be racist, xenophobic and religiously fundamentalist and particularly intolerant towards multicultural realities. In countries not belonging to the so-called Western world, ultra-right governments predominate, according to the European criteria.

Palabras clave: derecha, ultraderecha, fenómeno electoral, desigualdades, religión, multiculturalismo, dominación, xenofobia, intolerancia, fundamentalismo, socialdemocracia, neoliberalismo, globalización, política.

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Edificio "E", Circuito Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Col. Copilco Universidad, Coyoacán, México D.F., c.p. 04510.

Mi agradecimiento a Michael Löwy y a Alfredo Suárez (ambos profesores en Francia), por sus agudas observaciones y comentarios. También a Norma Gómez, mi ayudante de investigación en México.

El despertar de una preocupación: el avance de la ultraderecha en Francia

El aumento de popularidad del Frente Nacional en la primera vuelta de las elecciones presidenciales de Francia (el 21 de abril de 2002) provocó una gran preocupación en diversos círculos intelectuales y políticos en el mundo. Nunca antes, en la historia de la Quinta República francesa, un partido de ultraderecha había conquistado el segundo lugar en la primera vuelta electoral para la presidencia de la República, por encima de la Socialdemocracia (Partido Socialista) y muy cerca de los votos obtenidos por el presidente saliente (tres puntos porcentuales de diferencia).¹

El hecho fue significativo, tanto que incluso partidos de extrema izquierda (en la segunda vuelta del 5 de mayo), se sumaron a la candidatura de Jacques Chirac, de derecha, para evitar que el neofascismo pudiera, eventualmente, disputar en serio la jefatura del Estado en el país galo. Chirac supo capitalizar esa situación, y llamó a los franceses a “unirse en defensa de los derechos humanos para garantizar la cohesión del país, para afirmar la unidad de la República y restaurar la autoridad del Estado”.² Su partido, el RPR (*Rassemblement pour la République*), que había obtenido la más baja votación para un presidente saliente, logró en la segunda vuelta 82% de la votación total. Un gran triunfo de la unión de las izquierdas y las derechas en contra de la ultraderecha, lo cual no dejó de ser una paradoja.

El Frente Nacional (FN), dirigido por Jean-Marie Le Pen, se constituyó con antiguos poujadistas (dirigidos por Pierre Poujade en los años cincuenta del siglo pasado) y con quienes fueron partidarios de una Argelia francesa (también en esa época), que formaron Orden Nuevo (disuelto por el gobierno en 1973). El movimiento poujadista fue de extrema derecha y surgió gracias a la capitalización del descontento de capas sociales como los pequeños comerciantes y artesanos amenazados por la llamada modernización económica de Francia. Los defensores de una Argelia francesa, como su nombre

¹ En la primera vuelta Chirac obtuvo 19.9% de la votación, Le Pen 16.9% y Jospin 16.2%. En la segunda vuelta Chirac alcanzó 82.2%, mientras que Le Pen, aunque aumentaron sus votos, logró sólo 17.8 por ciento.

² Véase *La Jornada*, México, 22 de abril de 2002.

lo indica, estuvieron a favor de que ese país del norte de África siguiera siendo colonia gala. Eran, obviamente, racistas, además de colonialistas. Vale decir que los poujadistas obtuvieron 11.6% de las votaciones en 1956 a pesar de ser prácticamente desconocidos unas semanas antes de las elecciones.

La primera expresión electoral del FN (fundado en 1972) fue en los comicios municipales de 1983. Su crecimiento fue muy rápido, ya que en las legislativas de 1986 (¡tres años después!) obtuvo casi la misma votación que el viejo Partido Comunista Francés (9.65 contra 9.78%, respectivamente). Le Pen supo capitalizar a los franceses desempleados, argumentando que los extranjeros, principalmente del norte de África, los estaban desplazando de sus puestos de trabajo además de incrementar la inseguridad especialmente en los barrios pobres y marginados de Francia. Muchos jóvenes blancos desclasados (*lumpenproletariat*) y sin perspectivas de empleo se sumaron al FN. Este fenómeno, por cierto, no ha sido exclusivo de Francia.

Contra los pronósticos de Duverger, quien decía que el FN desaparecería,³ la votación a su favor siguió en aumento. En la primera vuelta de la elección de 1988 Le Pen obtuvo un alarmante 14.4% de la votación total, y en 1995 alcanzó 15%, mientras que el candidato del Partido Comunista bajaba a 8.6%. Siete años después, los comunistas apenas lograron 3.5% y los neofascistas del FN quedaron en segundo lugar con 17%. Si bien era dudoso, según las encuestas de opinión, que en la segunda vuelta Le Pen le ganara a Chirac, el hecho es que la ultraderecha estaba ahí y ha crecido electoralmente más que la izquierda y, en cierta medida, que los partidos de centro. Esto es lo preocupante, y más porque se empata con una tendencia que parece afirmarse en varios países de Europa, como veremos más adelante.

El neoliberalismo y la Unión Europea no han demostrado bondad alguna con los pobres de Europa ni con los pequeños empresarios. El desempleo persiste y la concentración de capital, como en el resto del mundo, es innegable. Lo que ha planteado Le Pen, además de su oposición a las políticas migratorias, es un fuerte rechazo a la globalización, una suerte de nacionalismo a ultranza, libre de capitales extranjeros dominantes y de mano de obra no fran-

³ Cfr. Maurice Duverger, *La cohabitation des français*, París, PUF, 1987.

cesa (léase no blanca). Este discurso se presenta en un país donde la sindicación ha disminuido considerablemente, en el que el desempleo (datos de 1999) era superior a 11% de la población económicamente activa (PEA) y donde tanto los trabajadores agrícolas como los industriales mantienen una tendencia a la baja (4 y 24% de la PEA, aproximadamente).

La izquierda, por otro lado, ha mostrado una tendencia descendente desde hace muchos años, además de que está muy dividida. Los comunistas, desde que se socialdemocratizaron (el llamado eurocomunismo en su momento), aceleraron su caída electoral y, con ésta, su influencia en el ámbito de los trabajadores. La izquierda radical no ha logrado sumar esfuerzos.⁴ La socialdemocracia, representada en Francia por el Partido Socialista, tiene el estigma, para los ultranacionalistas, de haber apoyado la idea de una Europa unida que, al final, sólo ha favorecido a los grandes capitales, tanto franceses como extranjeros o a ambos asociados. Y todas las corrientes de la izquierda se vieron ante la disyuntiva de apoyar a la derecha o, por omisión, permitir que pudieran ganar los neofascistas. Otra paradoja: la derecha, representada por Chirac (con Jean-Pierre Raffarin como primer ministro), ganó gracias a la amenaza de la ultraderecha y a la unión de partidos de derecha (supuestamente moderados) y de centro en la UMP (*Union pour la Majorité Présidentielle*)⁵ dirigida por Alain Juppé, pero también ganó la mayoría absoluta en las elecciones legislativas obteniendo 289 asientos (de 577) en la Asamblea Nacional.⁶

En otros términos, el ascenso de la ultraderecha llevó al “voto útil” en Francia para la segunda vuelta electoral de 2002, es decir a la elección de las corrientes que tenían mayores posibilidades de ganar el gobierno —en este caso la derecha y el centro-derecha— y, al mismo tiempo, poder frenar el avance de la ultraderecha.

⁴ Algunos autores han querido presentar los votos de la extrema izquierda francesa como un avance de esta corriente, avance que ciertamente fue real y sin precedente en Francia u otro país europeo, pero omiten la mención de que los diversos partidos de izquierda radical, como también la llaman, se presentaron por separado y no, justamente, sumando esfuerzos.

⁵ La UMP reunió a los partidos RPR, DL (*Démocratie Libérale*) y UDF (*l'Union pour la Démocratie Française*). Raffarin era, desde 1997, vice presidente de DL. La biografía de Raffarin puede consultarse en la página de internet del primer ministro del gobierno francés.

⁶ Véase la página de la *Union pour la Majorité Présidentielle*, del 31 de agosto de 2002 en internet.

La situación en Europa occidental

El caso de Francia que se ha mencionado no fue el primero en el que la ultraderecha mostrara señales de fortalecimiento. Anteriormente hubo otros en varios países de Europa occidental, pero quizá el peso político y cultural del país galo haya servido como detonante de la preocupación (y alarma) por este nuevo fenómeno electoral.

La preocupación implícita en el tema que estamos tratando se da, en mi interpretación, precisamente por el avance de la derecha, y en particular por el avance de la derecha ligada con partidos de ultraderecha y por el avance electoral, aunque no hayan triunfado, de los partidos de ultraderecha también llamados de extrema derecha. En otros términos, lo que preocupa es que la izquierda, aun la reformista procapitalista, como es el caso de la socialdemócrata (para no hablar de la comunista, que desde los ochenta está en franco declive cuando no desaparecida), esté perdiendo terreno en casi todo el mundo donde ha tenido fuerte influencia por varias décadas, en algunos casos, como en Dinamarca, desde 1924 y en los demás países escandinavos desde los años treinta del siglo XX.

Esta extrema derecha o ultraderecha ha crecido considerablemente también en Austria; en Suiza con Christoph Blocher del Partido Popular; en Italia con la Liga del Norte dirigida por Umberto Bossi y Alianza Nacional (antes Movimiento Social Italiano), que forman parte del gobierno de coalición de Berlusconi; en Gran Bretaña con el Partido Nacional Británico; en Dinamarca con el Partido Popular dirigido por Pia Kjaersgaard, que tiene 22 asientos en el Parlamento; en Holanda con el partido de Pin Fortuyn que, a pesar de que su dirigente fue asesinado, logró 17% en la elección de la Cámara de Diputados el 15 de mayo del año pasado; en Bélgica con el Partido Vlaams Blok (Bloque Flamenco), dirigido por Filip Dewinter y que tiene quince curules en el Parlamento Federal; en Noruega donde, bajo el liderazgo de Carl Hagen, el ultraderechista Partido del Progreso ganó recientemente 26 de 165 curules en el Parlamento; en Suecia, aunque la izquierda socialdemócrata ganó recientemente las elecciones, el Partido Liberal del Pueblo (*Folkpartiet Liberalerna*), de derecha, aumentó su número de representantes de 17 a 48 en el Parlamento (Riksdag), mientras que los moderados e incluso la Democracia Cristiana disminuyeron su vo-

tación;⁷ en Alemania, dado que está expresamente prohibida cualquier organización nazi, no hay partidos con esta denominación, pero sí una gran cantidad de movimientos racistas, xenófobos⁸ y nacionalistas que, sin duda, apoyaron al derechista Edmund Stoiber para las pasadas elecciones de septiembre de 2002.⁹ Triunfó el socialdemócrata Schroeder, pero fue gracias a la alianza con los Verdes, por lo que el gobierno está ahora formado por una coalición con éstos.¹⁰

De estos países, en el único donde gobierna la ultraderecha neonazi en coalición con la derecha es Austria.¹¹ Se trata de una coalición de los conservadores encabezados por el presidente Klestil con el neonazi Partido de la Libertad de Joerg Haider.¹² Por esta razón, es el único caso que los demás gobiernos de la Unión Europea (UE) y el de Clinton en Estados Unidos, veían como peligroso, por las implicaciones racistas, xenófobas, antisemitas y ultranacionalistas de este partido, pese a que Haider dejó su dirección a favor de la vicecanciller de Austria, Susanne Riess-Passer. De hecho, los gobiernos de la UE estimaban que, a pesar de la renuncia de Haider a la dirección del Partido de la Libertad (finales de febrero de 2000), no era

⁷ *Pravda On Line*, 18/09/02. El Partido Liberal usó como bandera el problema de los inmigrantes, al igual que otros partidos de extrema derecha.

⁸ En Alemania hay, sin embargo, dos partidos abiertamente xenófobos: *Die Republikaner* (Los Republicanos) y *Deutsche Volksumion* (Unión del Pueblo Alemán), pero ninguno de los dos ha logrado una votación suficiente como para tener asientos en la Cámara Federal de Diputados (*Bundestag*). Para mayor información puede consultarse, en internet, el Informe 1998 de la Oficina Federal para la Protección de la Constitución (*Bundesamt für Verfassungsschutz*). Vale decir que una buena cantidad de la propaganda neonazi en Alemania, de acuerdo con las autoridades de este país, proviene de los grupos equivalentes de Estados Unidos, donde no están prohibidas las organizaciones nazis.

⁹ Más información sobre este punto, en la página de la BBC News en internet sobre el ascenso de la derecha.

¹⁰ El Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) obtuvo el mismo porcentaje de votos que la coalición Unión Demócrata Cristiana/Unión Social Cristiana (CDU-CSU): 38.5%. Los Verdes lograron 8.6% de los votos y 55 escaños. “Sumados a los 251 del SPD, significan 306 escaños en un Parlamento de 603 plazas. Los conservadores, con 248 escaños, no alcanzan mayoría ni con un hipotético pacto con los liberales del FDP, cuyo 7.4% les valió sólo 47 diputados”. Véase: <http://es.news.yahoo.com/020923/159/27r46.html>.

¹¹ En las elecciones de noviembre de 2002 al *Nationalrat* (Consejo Nacional), el partido de Haider disminuyó su votación. La ultraderecha italiana, ya mencionada, es fascista, no neonazi, especialmente la Liga del Norte.

¹² La coalición entre el Partido de la Libertad y el Partido Popular para formar gobierno se formalizó el 1 de febrero de 2000, poniendo fin a la coalición de largo tiempo del Partido Popular con la socialdemocracia. Véase la página en internet de la Anti-Defamation League sobre Joerg Haider.

motivo para abandonar el aislamiento político al que se había acordado someter al gobierno de Viena desde el 4 de febrero de ese mismo año. El primer ministro de Portugal (país que tenía la presidencia de la Unión Europea en ese momento), declaró que “el tema esencial no es la personalidad de Haider, sino la naturaleza de un partido político que se halla en el poder”.¹³

Esta extrema derecha, en general, tiene como característica principal su arraigo entre sectores de *lumpenproletariat*, pequeños empresarios, desempleados y demás víctimas de la gran concentración de capitales que han favorecido los gobiernos europeos, tanto socialdemócratas como conservadores, en los últimos años. Las demandas de las ultraderechas han sido, principalmente, en contra de la inmigración y de la pertenencia de sus países a la Unión Europea. Son, por lo mismo, nacionalistas, defensoras de la población blanca y de las religiones cristianas (tanto en Holanda como en Noruega y Dinamarca son abiertamente antimusulmanes).¹⁴ Están en contra de la globalización, es decir del dominio mundial de pocos grandes capitales, y también en contra del Euro como moneda de todos los países de la Unión Europea. Hay casos extremos, como el de Haider, en que son partidos abiertamente defensores del nazismo y de la supuesta superioridad aria. En general, acusan a los inmigrantes no europeos del aumento del crimen, aunque vale decir que en algunos países los índices de criminalidad y las muertes por asesinato no son significativos, como en Noruega, donde en 1997 hubo 41 asesinatos y al siguiente año 43, que apenas representaban 0.1% por causas de muerte. Interesa subrayar que las ultraderechas que han ganado terreno en Europa no se diferencian mucho de la ultraderecha estadounidense de signo populista-nacionalista, como la que dirige Pat Buchanan (aunque ésta tiene características muy propias de Estados Unidos), y que claramente se ha expresado en contra de lo que consideran el dominio de una elite de políticos ligados a los grandes capitales transnacionales. Asimismo, interesa relevar que tanto George W. Bush como Tony Blair han hecho suyas las políticas antiinmigrantes

¹³ Véase *La Jornada*, México, 1 de marzo de 2000.

¹⁴ En Alemania, el pequeño partido *Die Christliche Mitte* (Partido Cristiano del Centro) exigió una “Alemania para los cristianos” en clara alusión al porcentaje de musulmanes en ese país. Véase Marta Durán de Huerta, “La inundación que salvó a Schroeder”, *La Jornada*, 29 de septiembre de 2002 (suplemento *Masiosare*).

al manifestarse expresamente a favor de detener la inmigración ilegal, que ha sido un planteamiento de la ultraderecha sobre todo a partir del aumento del desempleo en los países desarrollados.

El éxito de los partidos de extrema derecha (varios de ellos populistas, como ya se ha señalado) puede atribuirse al fracaso de los gobiernos de orientación de izquierda (en realidad de centro-izquierda), particularmente en su conducción de la economía, y por su incapacidad para abatir el desempleo y para impulsar la productividad y el crecimiento de los estándares de vida que desde mediados de los noventa han crecido muy poco.¹⁵

Esos fracasos de los gobiernos socialdemócratas o en los que han participado éstos, que hasta hace poco representaban trece de los quince países de la Unión Europea, han derivado no sólo en el triunfo de gobiernos conservadores coligados con la ultraderecha, como en Holanda, Dinamarca, Noruega (no miembro de la UE), Austria, Italia y Portugal, sino en gobiernos de derecha o centro-derecha que hoy por hoy dominan, en conjunto, el panorama político de once países de la UE, quizá diez si excluimos a Finlandia, gobernada por socialdemócratas aliados con liberales y conservadores. De los otros países, que son Gran Bretaña, Grecia, Suecia y Alemania, el gobierno del primero se ha corrido obviamente hacia la derecha y el último tendrá que tomar en cuenta el reimpulso de la derecha y las presiones del gobierno de Estados Unidos, inconforme con las declaraciones de campaña y la posición de Schroeder sobre las pretensiones bélicas de Washington sobre Iraq. Irlanda y Luxemburgo también tienen gobiernos de derecha, en ambos casos producto de coaliciones de liberales con conservadores. En Bélgica gobierna la derecha en alianza con partidos socialdemócratas.

Entre Europa y Oriente próximo se ubica Turquía, país que ha sido aceptado —desde diciembre de 1999 (Consejo Europeo de Helsinki)— como candidato a la Unión Europea. Turquía es formalmente una democracia limitada de tipo parlamentario, y antes de las recientes elecciones (2002) gobernaba, como primer ministro, Bülent Ecevit, socialdemócrata, quien compartía el poder con la dere-

¹⁵ Bobbio añadiría que este éxito de la extrema derecha se debe más bien al fracaso de los moderados, de izquierda o de derecha, ante los problemas señalados. Véase Norberto Bobbio, *Derecha e izquierda*, España, 3a. edición, Punto de Lectura, 2001, capítulo II “Extremistas y moderados”.

cha e incluso con la extrema derecha (con el Partido Nacionalista del Movimiento, de fuerte influencia militar). Las libertades han estado restringidas considerablemente, en especial la de prensa, y los derechos humanos son violados con frecuencia, especialmente contra los kurdos.¹⁶ Esta situación ha retrasado, sin duda, el ingreso de este país a la Unión Europea, que exige la democracia para todas las naciones miembros. Vale decir que Turquía es uno de los pocos Estados en los que predomina el islamismo (99% de la población)¹⁷ y, sin embargo, constitucionalmente el Estado es secular y sus leyes no están basadas en la religión islámica.¹⁸ En estos momentos, aunque hay un alto porcentaje de la población que es partidaria del ingreso de su país a la Unión Europea, los grupos y partidos de derecha y nacionalistas (la constitución turca es enfáticamente nacionalista), que son minoritarios pero con poder, se oponen a la europeización de Turquía.

Por si no fuera suficientemente delicada la situación en el viejo continente, el Parlamento Europeo cuenta con la fracción mayoritaria (37%) de 233 diputados de derecha del Partido Popular Europeo (demócrata-cristianos) que formaron grupo con la organización también derechista llamada Demócratas Europeos. El total de diputados del Parlamento Europeo es de 626. En la anterior legislatura, la de 1994-1999, los diputados del Partido Popular Europeo eran 201. En esta legislatura no existía el grupo Demócratas Europeos. Es decir, la derecha aumentó, mientras que la izquierda, representada por el Partido Socialista Europeo, disminuyó de 214 diputados en la anterior legislatura a 180 en la actual.¹⁹

Aunque no está en Europa, no puede soslayarse el avance de la derecha en Israel como país ligado a Occidente más que a Oriente u Oriente próximo. El primer gobierno de Ariel Sharon fue resultado de una coalición de varios partidos, entre éstos el *Likud* (Consoli-

¹⁶ Étienne Copeaux, "Turquía", en *El estado del mundo (Anuario económico geopolítico mundial)*, Madrid, Akal, 2002. El 3 de noviembre de 2002 se llevaron a cabo nuevas elecciones en las que la mayoría fue ganada por el Partido de Justicia y Desarrollo (islámico considerado democrático). El nuevo primer ministro es Abdullah Gül, quien no cambiará la naturaleza laica del gobierno ni el interés por ingresar en la Unión Europea.

¹⁷ Véase *The Muslim World* en internet.

¹⁸ Cfr. Artículo 2 de la Constitución de la República de Turquía, en <http://www.tbmm.gov.tr/anayasa/constitution.htm>.

¹⁹ Véase con más detalle http://www.enduring-freedoms.org/article.php?id_article=318, donde se señalan 179 en lugar de 180 asientos del Partido Socialista Europeo.

dación, de derecha nacionalista) al que pertenece el primer ministro. Esta coalición estuvo formada por *Avoda* (Partido Laborista, dividido), *Shas* (ortodoxo sefaradita), *ha-Ikbud ha-Leumi* e *Yisrael Beitenu* (Bloque de Unión Nacional, ultranacionalista, en alianza con Nuestro Hogar Israel, una de las minorías rusas), *Yisrael ba-Alaiya* (Israel e Inmigración, otra de las minorías rusas), *Am Ekbud* (Una Nación, supuestamente socialista) y otras organizaciones menores. A partir de las elecciones anticipadas de enero del 2003, el nuevo gobierno de Sharon se constituye con las siguientes alianzas: *Likud* (partido conservador de centro-derecha) con 38 escaños; *Shinui* (partido liberal) con quince escaños; *Mafdal* (*Mifléguet Datí Leumi*, Partido Nacional Religioso) con seis escaños y National Union (partido de derecha nacido de la alianza entre *ha-Ikbud ha-Leumi* e *Yisrael Beitenu*) con siete escaños. La característica principal de este gobierno, además de su alianza con partidos ultraderechistas-nacionalistas, ha sido la explícita intención de “lanzar al ejército contra las regiones autónomas palestinas para aniquilar por completo a la Autoridad y con ella a su presidente, Yasser Arafat”.²⁰

La situación en Europa oriental

No pocos de los países de Europa oriental, que hasta hace unos años eran llamados socialistas o comunistas, según la orientación del análisis, incorporaron a su democratización política la liberalización económica. Son ahora capitalistas. Y la mayor parte de aquéllos vive bajo gobiernos de derecha.

En Europa oriental, Moldavia, uno de los países más pobres del continente, tiene un gobierno comunista que triunfó en elecciones anticipadas (el 25 de febrero de 2001) y gracias a la división de la derecha. Con gran flexibilidad podría señalarse también a Rumania, a partir del triunfo de Iliescu y su partido en las pasadas elecciones del 10 de diciembre del 2000. Por cierto, en Rumania, como en Francia, la ultraderecha xenófoba antisemita y contraria a los húngaros y gitanos en ese país, obtuvo el segundo lugar en la primera vuelta de las elecciones mencionadas. En Polonia podría decirse que con

²⁰ Ammon Kapeliouk, “Israel”, en *El estado del mundo*, op. cit. Agradezco al editor, Juan Felipe Pozo Block, la actualización de los datos al 2003.

el triunfo de los ex comunistas, tanto en el gobierno como en la Dieta, la izquierda tiene el poder, pero sería un engaño: en realidad el gobierno actúa como si fuera de derecha, sobre todo en materia social. En la República Checa el gobierno es de orientación social-demócrata, pero ha tolerado la persecución de gitanos en su territorio. Sin embargo, en todos estos países europeos mencionados se siguen políticas dictadas por el Fondo Monetario Internacional, particularmente referidas a las privatizaciones de las antiguas empresas estatales.

Difícilmente se puede decir que en esta región europea, cuando era supuestamente socialista, se hayan generado movimientos importantes de izquierda o de derecha como se entendían en ese entonces en Europa occidental.²¹ En los años setenta y ochenta del siglo XX, y en los países capitalistas, la izquierda en general, con diversos matices, luchaba o decía luchar por el socialismo. En los países llamados socialistas, donde se creía mayoritariamente que se vivía en el socialismo, hubiera parecido absurdo, aunque no lo fuera, luchar por el socialismo. La oposición al régimen demandaba libertades, democracia, participación y, en este sentido y en ese contexto, se trataba de una oposición de izquierda. Sin embargo, hubo quienes, además de esas demandas, añadieron otra: la vuelta al capitalismo, y esto permitió caracterizarlos como de derecha.²² Una vez que esos países, después de 1989, incorporaron el capitalismo como sistema dominante y generalizado, surgieron en ellos, sobre todo en la ex Alemania oriental (a partir de la reunificación), grupos de ultraderecha (los *skinheads*, por ejemplo) de entre los jóvenes desempleados —a menudo hijos de desempleados. En la actualidad, la izquierda en estos países lucha por el socialismo, más que todo por un socialismo con libertades, con democracia, con posibilidades de participación, y la derecha, obviamente, por el mantenimiento del nuevo *statu quo*.

²¹ Sí hubo organizaciones de izquierda, frecuentemente clandestinas, especialmente de orientación trotskista, pero eran realmente minoritarias. En la URSS había pequeños grupos de derecha, ligados a rusos anticomunistas (“blancos”) exiliados en Europa occidental, principalmente, o como parte del *sistema patrimonialista* que Gorbachov no pudo terminar. Al respecto puede consultarse Gerald M. Easter, *Reconstructing the State: Personal Networks and Elite Identity in Soviet Russia*, England, Cambridge University Press, 2000.

²² Para mayor desarrollo sobre este punto, véase Octavio Rodríguez Araujo, *Izquierdas e izquierdismo. De la Primera Internacional a Porto Alegre*, México, Siglo XXI Editores, 2002, especialmente pp. 166 y 189 y ss.

La situación en África y en Asia

En países del norte de África y de Asia, se han incrementado los grupos fundamentalistas de varias religiones y no sólo islámicas, que pertenecen a la amplia corriente de la derecha extrema o ultraderecha y que en general resurgieron por la llamada crisis de la modernidad y por los cambios que se han dado en los modos de producción que han afectado los usos y costumbres tradicionales de esos pueblos. Un grupo de países que destaca por tener gobiernos fundamentalistas, es el islámico. Y un país de fundamentalismo extremo fue Afganistán, bajo el gobierno de los *Talibán*, ahora derrotados y sustituidos por un gobierno inestable encabezado por Hamid Karzai e impuesto por Estados Unidos en su supuesta guerra contra el terrorismo a partir de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Los pueblos islámicos, con algunas excepciones, son gobernados por autócratas: Iraq, Jordania, Arabia Saudita, Bahrein, pese a su nueva constitución, Brunei, Libia, aún llamándose *Jamahiriyá* (“Estado de las masas”) popular y socialista, Pakistán (aunque existan partidos políticos), Túnez, Emiratos Árabes Unidos y otros más; o por partidos de corte autoritario, pese al nombre, como la Unión Nacional Democrática en el caso de Argelia, o el Partido Nacional Democrático en Egipto, o el partido único de Eritrea (Frente Popular para la Democracia y la Justicia), o el Frente Democrático Revolucionario del Pueblo Etíope, o el Partido Democrático Indonesio en Lucha, o el Partido Republicano Democrático y Social de Mauritania, que aunque coexiste con otros partidos muy menores, puede considerarse como único y su gobierno autoritario; o el *Yeni Azerbaijan Partiyasi* (Partido Nuevo Azerbaiyán), o la nueva República de Yemen que, aunque tiene dos partidos de extrema izquierda, es dominada por el partido presidencial llamado Congreso Popular General, fraudulento, derechista y autoritario.

Entre las excepciones estarían: Marruecos que, siendo una monarquía hereditaria desde su independencia de Francia, gradualmente se ha democratizado y en la actualidad tiene un jefe de gobierno socialdemócrata en alianza con comunistas y conservadores; la República de Malí, donde hay un juego real de partidos por el poder, después de un periodo de treinta años de dictadura; la República de Níger, que después de dos golpes militares recientes está intentando

construir una democracia con partidos democráticos, incluido el socialdemócrata (Partido Nigeriano para la Democracia y el Socialismo), el cual cuenta con casi 20% de los asientos en la Asamblea Nacional; la República Federal de Nigeria, que después de más de quince años de dictadura militar está en proceso de democratización con un gobierno de centro-derecha; Sierra Leona, a pesar de la gran inestabilidad en que se encuentra, es considerada una república democrática; Irán, donde hay un gobierno de reformadores, aunque las fuerzas conservadoras sigan influyendo en varios ámbitos de poder, como por ejemplo en el de la justicia.

Si bien no debe pasarse por alto que el islamismo es la única de las grandes religiones que ha tratado de unir, desde sus inicios, a la autoridad política con la religiosa, subordinando la primera a la segunda, en los últimos años esta relación se ha roto en la mayoría de los países musulmanes, liberalizándose. Esta liberalización se expresa a veces en una combinación de leyes occidentales con el Corán, y otras separando la religión de los asuntos del Estado y de la legislación.

Algunos de los pueblos islámicos se han rebelado contra los países colonialistas, y en sus luchas han contado con el apoyo de otros pueblos también islámicos. Otros tienen tales diferencias entre sí, que se han hecho la guerra o simplemente han mantenido relaciones hostiles. Sin embargo, algunas de esas guerras entre países islámicos se han debido, más que otra cosa, a la cercanía de unos con Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia, relación que no ven bien los otros países. Arabia Saudita, Pakistán y Kuwait serían algunos ejemplos contemporáneos de gobiernos impuestos o sostenidos por Estados Unidos y Gran Bretaña, como antes Irán bajo la dinastía Pehlevi, que motivó una revolución de los “verdaderos” musulmanes.

En los países musulmanes se percibe una tendencia creciente a la democratización, en la que los fundamentalismos y las juntas militares han perdido terreno. En no pocos casos esta tendencia ha tenido como antecedente la intervención de instituciones como el Fondo Monetario Internacional, sobre todo por problemas de deuda externa y de comercio. Sin embargo, no parece casual que la “democratización”, deliberadamente entendida como electoral, se haya visto acompañada de privatizaciones de empresas y servicios públicos y desregulación económica. Este fenómeno ya ocurrió en Amé-

rica Latina, y lo que se ha podido apreciar es que, “en coincidencia”, la democratización de la región ha dado pie a la derechización de los gobiernos en los últimos años o, simplemente, al mantenimiento de gobiernos de derecha, ahora supuestamente democráticos.

En los países no musulmanes de África y Asia la situación no ha sido muy diferente. La excepción entre los países africanos no musulmanes, es que haya estabilidad, además de democracia. Varios de ellos, aunque formalmente se presenten como democráticos, son gobernados por presidentes autoritarios, las más de las veces ligados a grupos militares o apoyados por el ejército, como por ejemplo Angola y Burundi. Otros, como Botswana, tienen gobiernos francamente de derecha en un marco de democracia electoral y multipartidario, en los que, a pesar de sus riquezas naturales, la extrema pobreza, las pandemias como el SIDA y la baja expectativa de vida son el común denominador.

Caso aparte en África sería precisamente la República Sudafricana. El sucesor de Mandela, Thabo Mbeki, es también miembro del Congreso Nacional Africano, de orientación socialista. Los “dinosaurios del apartheid”, como les llama Véronique Faure,²³ prácticamente han desaparecido, y con ellos las fuerzas ultraderechistas en ese país, aunque tienen tres de los 400 asientos en la Asamblea Nacional.

Entre los países asiáticos no musulmanes, sin partidos políticos y con gobiernos autocráticos, ubicaríamos al Reino de Bhután y a Myanmar (Birmania), dominada por un régimen militar.

Con partidos políticos pero autoritarios: Camboya, supuestamente con un primer ministro (Hun Sen) del extremista partido de izquierda (Partido del Pueblo Camboyano), pero que es designado por el monarca con el voto de confianza de la Asamblea Nacional en la que conviven fracciones de extrema izquierda, monárquica y centrista. Tailandia es una monarquía hereditaria y el jefe de gobierno es elegido a partir de quien tenga la mayoría parlamentaria. El primer ministro, Thaksin Shinawatra, es un empresario involucrado en escándalos de corrupción y se caracteriza por ser de mano dura y nada democrático. Vietnam, controlado por el Partido Comunista, se trata de un régimen autoritario y quizá, por la orientación de su gobierno, podría caracterizarse como de izquierda. China igual, aun-

²³ “República Sudafricana”, en *El estado del mundo*, *ídem*.

que después de la muerte y marginación de Deng Xiaoping y su corriente, se ha democratizado un poco, a la vez que se han restablecido relaciones con Vietnam, Corea del Sur e incluso con Taiwán. Laos, como Vietnam, es controlado por el partido comunista llamado Partido Revolucionario del Pueblo Lao, desde 1975 cuando terminó con el viejo régimen monárquico. No está autorizada la existencia de otros partidos ni de grupos políticos no comunistas, a diferencia de Mongolia, país gobernado por el ex Partido Comunista (ahora Partido Revolucionario del Pueblo), pero que ha sufrido derrotas electorales como la de 1996 a manos de la Coalición Democrática Unida. Aunque hay una corriente fuerte de islamización de la Federación de Malaysia, no puede considerarse un país islámico, y pese a que hay oposición y partidos políticos, la derecha es la que ha gobernado autoritariamente en los últimos años, al igual que en Singapur. Nepal es una monarquía parlamentaria, con partidos, incluso comunistas y antimonárquicos, pero de régimen autoritario que actualmente vive en una crisis en la esfera de la Corona y una guerra civil iniciada por la guerrilla maoísta de gran influencia en la zona rural del oeste del país.

La tendencia de varios países supuestamente socialistas es hacia una suerte de hibridación económica: propiedad estatal de empresas y empresas privadas incluso trasnacionales. La República Popular de China parece haber adoptado el mismo patrón y todo indica que se encamina hacia ese sistema híbrido en el que convivirán (conviven ya) los capitales estatales de ese país con los trasnacionales. En Vietnam se ha iniciado ya un proceso de privatizaciones de empresas públicas y poco a poco se está abriendo al comercio mundial. Puede suponerse que otros países de orientación socialista se encaminarán en el mismo sentido. Y si es así, quizá se podría hablar de una mayor derechización de sus regímenes en lo económico.

Como ha podido observarse, en Asia y en África (con algunas excepciones) los esquemas occidentales de interpretación política tienen que ser, en general, modificados. Las expresiones “izquierda” y “derecha”, relativamente sencillas de usar en Occidente, resultan simplistas para interpretar a los gobiernos y sus alianzas, y las formas de ejercicio del poder en estos países. Ni antes ni después de los procesos de democratización, cuando se han dado, podría decirse que la izquierda ha gobernado (con excepción de los países

de orientación socialista, con frecuencia autoritarios). Tanto las autocracias y los gobiernos autoritarios o en manos de juntas militares, como los gobiernos más o menos democráticos, han sido básicamente de derecha (de acuerdo con el modelo occidental), unos en el ámbito estrictamente político y otros en el económico, y otros más en ambas esferas, como es y ha sido el caso de Japón desde el final de la Segunda Guerra Mundial, una vez más —en la actualidad—, gobernado por la derecha.

Caso aparte sería Australia. Sin embargo, es de notarse que en las elecciones estatales de 1998 en Queensland, por primera vez un partido de extrema derecha, racista y xenófobo, *One Nation*, dirigido por la parlamentaria Pauline Hanson, obtuvo un sustancial e inusitado apoyo. Este partido conquistó once de los 89 asientos en el Parlamento local y un asiento en la Cámara de Senadores a partir de la elección de noviembre de 2001. El gobierno australiano está en manos de un gobierno de coalición (Partido Liberal y Partido Nacional), conservador.²⁴

La situación en América Latina, el Caribe y Estados Unidos

Los países de América Latina, en general,²⁵ son gobernados por la derecha o por coaliciones de centro-derecha. Incluso en países como Chile, en el que participa un partido de izquierda moderada (el Socialista) en la Concertación de Partidos por la Democracia (CPD), que ganó las elecciones en 2000, su gobierno difícilmente podría diferenciarse de los anteriores que sucedieron a la dictadura.

Venezuela podría ser una excepción, más por las posiciones nacionalistas de Hugo Chávez y su personalista Movimiento V República (más aliados, incluso de izquierda), que por la política económica que está llevando a cabo.

Con el triunfo de Luiz Inácio *Lula* da Silva y el Partido dos Trabalhadores (PT) en Brasil, se aspira a retomar las políticas de desarrollo interno, de empleo y seguridad social que si bien en los años

²⁴ Véase *World Socialist Web Site*, junio de 1998.

²⁵ Las excepciones serían algunos de los países dependientes de la Corona Británica en El Caribe y en las Antillas, y República Dominicana, que tiene un gobierno de centro-izquierda y, en el Continente, Guyana, gobernada por un partido formalmente socialista.

cincuenta o sesenta del siglo pasado hubieran parecido medidas de un gobierno conservador, en la actualidad, por comparación con lo que ocurre en el mundo y con la política expansionista de Estados Unidos, serían propias de un gobierno de izquierda o, si se prefiere, de centro-izquierda con apoyo de fuertes organizaciones sociales y de pueblo no organizado. Podría decirse que con el triunfo de Lula no cambiarán sustancialmente las cosas porque, así como están y con las alianzas del PT, sus políticas de gobierno tendrán que ser por fuerza reformistas, del tipo de las políticas de los partidos socialdemócratas que han tenido el poder. Puede ser. Pero se pasaría por alto que la burguesía, como en cualquier otro país, no está unida y que los sectores tradicionales, los más conservadores y los más pronomericanos han sido, en principio, derrotados. El dato no es secundario: no son iguales un gobierno atento y sumiso a los deseos de Washington que otro preocupado por el desarrollo del pueblo y por los intereses nacionales. Ésta es la diferencia, o por lo menos una de las diferencias importantes en la actual coyuntura mundial que, nos guste o no, incluye al inquilino de la Casa Blanca y su cruzada por el dominio del planeta y por la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) que, por cierto, Lula no apoya. No se puede decir, tampoco, que para las masas populares que se volcaron a favor del candidato triunfador hayan sido iguales sus propuestas que la continuidad de los ocho años de Fernando Henrique Cardoso.

Ecuador ha sufrido también cambios. Los indios organizados, desde mediados de 1990, iniciaron una serie de movimientos que fueron desde cortar carreteras hasta la invasión de haciendas y la consecuente toma de tierras. Su organización, fundada en 1986, fue la Confederación de Nacionalidades Indígenas de Ecuador (CONAIE). Los indios habrían de formar una suerte de contrapoder que llevó a la renuncia de dos presidentes del país (Bucaram en 1997, y Mahuad en 2000) y, finalmente, en noviembre de 2002, apoyaron, contra el candidato de derecha, al nacionalista Lucio Gutiérrez en una alianza electoral.²⁶ Según las crónicas, el apoyo de los indios ecuatorianos

²⁶ “Partido Sociedad Patriótica ‘21 de Enero’, la organización cívico-militar liderada por el coronel Gutiérrez; el Movimiento de Unidad Plurinacional Pachakutik - Nuevo País, el brazo político de la CONAIE; y el Movimiento Popular Democrático, la fuerza de izquierda más representativa, aunque no la única.” Véase Miguel Ángel Ferrari, http://www.lainsignia.org/2002/diciembre/ibe_006.htm.

fue definitivo para el triunfo de Gutiérrez. La derecha, representada por su candidato multimillonario (Álvaro Noboa), fue derrotada.

Cuba es un caso aparte. Si entendemos por democracia un sistema de varios partidos competitivos y la posibilidad de alternancia en el gobierno, Cuba no sería democrática, pues sólo un partido existe y gobierna: el comunista, y ningún otro es permitido legalmente. Pero si entendemos a Cuba como un país de orientación socialista, bloqueado económica y políticamente por Estados Unidos por más de cuarenta años, y donde a pesar del bloqueo se han garantizado medios y formas de vida mínimos y generalizados para toda su población (lo que distan mucho de tener millones y millones de latinoamericanos), se comprenderá que en realidad se trata de un caso excepcional. La derecha cubana se expresa más bien en el exterior, principalmente en Miami, Florida, donde ha ido a “refugiarse” con el total apoyo gubernamental de Estados Unidos.

En América Latina, a diferencia de otras regiones del mundo, la ultraderecha no parece ser una amenaza seria, ni en términos electorales ni como grupos organizados de tipo no electoral. La jerarquía eclesiástica (de la Iglesia católica) y las embajadas de Estados Unidos en el subcontinente, donde la Agencia Central de Inteligencia (CIA, por sus siglas en inglés) tiene oficinas permanentes y activas, serían las principales orientaciones de ultraderecha, las más influyentes sin duda. Quizá el recientemente electo gobierno de Colombia, encabezado por Álvaro Uribe, pueda ser considerado de ultraderecha por su intención expresa de gobernar con mano dura contra los grupos armados. Vale decir que Uribe, como candidato independiente del Movimiento Primero Colombia, desplazó a los tradicionales partidos de derecha: al Partido Conservador y al Partido Liberal que por décadas habían gobernado ese país.²⁷

En México gobierna el derechista Partido Acción Nacional, o más bien Vicente Fox apoyado en este partido. Varios miembros de su gabinete, destacadamente el secretario del Trabajo (Carlos Abascal), provienen de la ultraderecha mexicana, contraria a la educación laica en las escuelas públicas, al aborto y al condón, y a la libre expresión de ideas y manifestaciones artísticas porque dan pie —dicen— a “inmoralidades y obscenidades” opuestas a los valores religiosos

²⁷ Véase *La Jornada*, México, 27 de mayo de 2002.

(católicos) y a “las buenas costumbres” que defienden. La influencia de la derecha extrema en México se ha visto fortalecida como nunca desde el triunfo de la revolución de 1910, por el gobierno actual.

Hablar de América Latina sin mencionar a Estados Unidos puede ser un grave error. Después de la Conferencia de Yalta (1945), que significó el reparto de las zonas de influencia para la Unión Soviética, Gran Bretaña y Estados Unidos, América Latina fue añadida a una nueva versión práctica de la Doctrina Monroe: América para los americanos, en la que América sería, según la conveniencia, Estados Unidos y, al mismo tiempo, el resto del continente americano, especialmente al sur del río Bravo. La política estratégica de Estados Unidos hacia América Latina, después de la Segunda Guerra Mundial, se puede dividir esquemáticamente en tres fases: la primera, consistente en destruir el sindicalismo prosocialista o antinorteamericano en la región y promover, en consecuencia, un sindicalismo pronorteamericano en una época en que el movimiento obrero estaba en auge debido a la industrialización acelerada en buena parte de los países latinoamericanos. La segunda, dedicada a eliminar la ola de guerrillas y movimientos subversivos por el socialismo, mediante golpes de Estado y las correspondientes juntas militares en los gobiernos o el apoyo a regímenes autoritarios, según el caso. La tercera, dirigida a promover “transiciones a la democracia” para generalizar sistemas multipartidistas como sinónimo de democracias. En las tres fases, obvio, existió y existe la intención de dominar la región latinoamericana por la vía de sus gobiernos (electos o impuestos, democráticos o autoritarios o dictatoriales), para asegurar los intereses geopolíticos y empresariales de Estados Unidos. En la tercera fase, que representa el presente que estamos analizando, la apuesta, valga el término, fue que en las condiciones de incertidumbre, de individualismo competitivo, de desempleo y de pobreza creciente, los pueblos de América Latina votarían conservadoramente por candidatos no sólo conservadores, sino también dóciles a las políticas estadounidenses y de instituciones internacionales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Interamericano de Desarrollo. Y así ha ocurrido, salvo en Venezuela, en Brasil y Ecuador, aunque en Bolivia la oposición de izquierda, encabezada por Evo Morales, estuvo muy cerca de ganarle al candidato del oficialista Movimiento Nacional Revolucionario, actual presidente

de ese país. Tanto Hugo Chávez como Lula y Gutiérrez, en Venezuela, Brasil y Ecuador, respectivamente, representan oposición al neoliberalismo y, desde luego, a Estados Unidos, tanto política como económicamente. Quizás el triunfo de Lula pueda interpretarse, como el de Schroeder en su reelección en Alemania, como el inicio del fin del neoliberalismo, desde posiciones de izquierda, centroizquierda y de defensa del desarrollo nacional que parecía un tema obsoleto.

Argentina, y el movimiento social iniciado el 19 de diciembre de 2001, no sólo ha significado la caída de dos presidentes de ese país, sino el surgimiento de formas de lucha antineoliberales que nadie imaginaba dos años atrás. Está por verse el desenlace argentino, pero por lo pronto la derecha y las fuerzas pronorteamericanas están en aprietos.

Conviene recordar, empero, que la ultraderecha, desde posiciones nacionalistas a ultranza, además de racistas y xenóforas, también ha logrado incrementar sus posiciones electorales oponiéndose a la globalización neoliberal y a la influencia de Estados Unidos y sus capitales en Europa occidental. Si bien al margen de las elecciones, no pueden ignorarse los movimientos calificados de izquierda contrarios también a la globalización neoliberal que hicieron su aparición en Seattle, Washington, el 30 de noviembre de 1999 (y que han crecido en número y en lugares de movilización contestataria, pese a sus diferencias internas); tampoco puede ignorarse que organizaciones neonazis como AGAN (*Anti-Globalism Action Network*) también han actuado en Seattle y en otras protestas en contra de la globalización neoliberal en las que también se presentan como *National Alliance* (Alianza Nacional), cuya finalidad es atraer a jóvenes activistas antiglobalización no politizados.²⁸

En Estados Unidos, desde que se fundó el Ku Klux Klan después de la Guerra de Secesión,²⁹ ha habido una gran cantidad de organizaciones ultraderechistas, unas como partidos, otras como milicias armadas, otras más como grupos de presión. En general se han

²⁸ Para mayor extensión, véase "CNC Uncovers Neo-Nazi's Masquerading as Anti-Globalization Activists" en internet (CNC es Center for New Community).

²⁹ En la actualidad el Ku Klux Klan se presenta como un partido político y tiene ramificaciones en casi todos los estados de Estados Unidos, al igual que otras organizaciones de extrema derecha y neonazis.

caracterizado por ser racistas, xenófobas, cristianas y, desde luego, defensoras de la supremacía blanca y de su país como una gran potencia y paradigma para el resto del mundo.

Las organizaciones de ultraderecha son de varios tipos. Las principales son de tipo religioso-fundamentalista, populistas reaccionarios, milicias armadas y terroristas de orientación neonazi. Algunas de ellas se entrecruzan tanto en militancias de tipo reservado como en acciones comunes. Tienen creciente influencia en el Congreso de Estados Unidos, fundaciones poderosas como Heritage, revistas (casi siempre de tipo nacionalista), programas en radio y televisión y páginas en internet. Una expresión típica de estas organizaciones es la que dice que “sólo la preservación de la raza blanca puede salvar la civilización”. Existen también organizaciones de extrema derecha, no cristianas ni blancas, como *Nation of Islam* (NOI), pero son de influencia muy reducida.

Por otro lado, la derecha norteamericana, no siempre apoyada por la ultraderecha local, estimula y promueve, mundialmente, el llamado “modelo americano de sociedad”, a la vez que defiende una suerte de homogenización cultural basada en el consumismo, la democracia restringida a lo electoral y a los derechos de propiedad y, desde luego, en la aceptación del poder de las elites corporativas. En esta lógica, el intervencionismo estatal para regular la economía inhibe el crecimiento, de la misma manera que el gasto social, el cual debe ser recortado sistemáticamente. Para esta derecha, los problemas ambientales, que no niega que existan, deberán resolverse mediante los mecanismos propios del mercado y la competencia. Sin embargo, una de las diferencias con la ultraderecha es que ésta es contraria al multiculturalismo y en general a religiones no protestantes (incluida la católica), mientras que la derecha trasciende los problemas culturales y religiosos por la salvaguarda de sus valores económicos, es decir sus intereses. Hay mayor vinculación de la derecha con los grandes intereses económicos que de éstos con la ultraderecha, por lo general defensora de la pequeña propiedad y, por lo mismo, contraria a la globalización neoliberal y al poder de los grandes monopolios y oligopolios que dominan la economía mundial con el apoyo, entre otros, del gobierno de Estados Unidos. A éste, al gobierno de Estados Unidos, la mayor parte de las organizaciones de derecha extrema lo critican por ser demasiado permisivo con

grupos no blancos de la sociedad norteamericana, incluso en el propio gabinete de gobierno. La ultraderecha de Estados Unidos no tolera que en el gobierno de George W. Bush, a pesar de ser ostensiblemente de derecha, haya funcionarios afroamericanos o de origen latino.

A manera de conclusión

La derecha, como gobierno, es dominante en el mundo, y no sólo en los últimos años. En no pocos países, sobre todo en Europa, ha sido apoyada por la ultraderecha, y en algunos casos ha sido favorecida por ésta para llegar al poder. Esto ha sido menos frecuente en el pasado.

La ultraderecha, a pesar de que casi no participa en gobiernos, ha crecido en número y en influencia, especialmente entre sectores de clase media y desempleados. De hecho, en Europa ha llegado a rebasar a partidos de izquierda tradicional en las últimas elecciones.

En ocasiones es difícil establecer una frontera entre la derecha y la ultraderecha. En casi todos los casos revisados habría que considerar las peculiaridades de cada país para poder definir esa frontera. Sin embargo, puede afirmarse que, en general, la derecha, además de defensora del *statu quo* prevaleciente (capitalismo), es flexible y más o menos tolerante a la existencia de razas, religiones y diversas culturas (es decir democrática), mientras que la ultraderecha del presente suele ser racista, xenófoba, religiosa fundamentalista, y particularmente intolerante hacia el multiculturalismo y movimientos tales como el feminismo o las luchas por las libertades sexuales u otros movimientos llamados sociales.

El multiculturalismo es una palabra en la que debemos detenernos un momento. Se afirma que la defensa de las tradiciones es una manifestación de la derecha (más bien —diría—, de la ultraderecha), y así puede considerarse cuando se trata de esa defensa sin cabida, a la vez, de otras culturas u otras expresiones culturales. El fundamentalismo religioso está muy ligado a esta derecha contraria al multiculturalismo (es decir de la ultraderecha), igual se trate de fundamentalistas musulmanes que cristianos (los talibán en un caso, los miembros del Ku Klux Klan en otro). En sentido contrario, el neozar-

patismo mexicano, que defiende los usos y costumbres indígenas (una suerte de defensa de las tradiciones no necesariamente religiosas), es también defensor del multiculturalismo y del respeto a la diversidad. En este caso se trataría de determinados pueblos defensores de sus tradiciones a la vez que del multiculturalismo. Es más, los indios zapatistas de Chiapas han demandado cambiar la *unijuricidad* constitucional por una *plurijuricidad* en la que coexistan las formas jurídicas no indígenas (de gobierno, por ejemplo) con las indígenas. Es evidente, al menos para mí, que la no aceptación del multiculturalismo, particularmente si se sostiene en fundamentalismos de tipo religioso o de raza, es de ultraderecha y que su contraparte es de izquierda o, si se prefiere (porque es el caso más allá del zapatismo), de derecha moderada. La derecha moderada, que es la que suele gobernar (todavía) en la mayor parte de los países llamados occidentales, está asociada a la democracia liberal (¿neoliberal?) de nuestro tiempo. Para esta derecha el mundo de las libertades, que incluye a las diversas expresiones culturales (y por lo mismo ideológicas y políticas), se opone a las formas totalitarias de ejercicio del poder que inhibe esas libertades. El rechazo casi mundial al *apartheid* en Sudáfrica no fue encabezado exclusivamente por gobiernos de izquierda, de la misma manera que los derechos civiles a la población negra en Estados Unidos no fueron otorgados por un gobierno de izquierda en ese país. ¿No son los gobiernos mayoritariamente de derecha los que exigen mayor democracia a otros países (Turquía, por ejemplo) para ingresar en la Unión Europea?

En el pasado, nos recuerda Sader,³⁰ la oposición era socialismo/capitalismo, y así fue aceptado tanto por los defensores de uno de los términos como por sus contrarios. Ahora, en cambio, se ha querido presentar, con éxito relativo, la oposición democracia/totalitarismo en un mundo en el que el liberalismo y el capitalismo se consideran a sí mismos como triunfantes.

Sin embargo, es engañoso, para caracterizar a un gobierno de derecha, asociarlo con posiciones autoritarias (o totalitarias) o por la proscripción de otros partidos diferentes al gobernante. La mayor parte de los gobiernos de derecha, sobre todo en el llamado mundo occidental, convive con varios partidos en sus respectivos países, y

³⁰ Emir Sader, "Beyond Civil Society. The Left after Porto Alegre", *New Left Review*, Londres, núm. 7, septiembre-octubre de 2002.

hay países donde sólo existe un partido, en el gobierno, y sin embargo no puede decirse que éste sea necesariamente de derecha. El multipartidismo no garantiza gobiernos exclusivamente de derecha ni exclusivamente de izquierda, así como tampoco que un gobierno no sea autoritario: una cosa es el acceso al poder, que puede ser democrático, y otra el ejercicio de ese poder, que puede ser autoritario. Dicho de otra manera, un gobierno de izquierda puede ser tan autoritario como uno de derecha, y un gobierno supuestamente de izquierda, como lo fue el de la URSS, por ejemplo, puede ser tan intolerante en ciertos aspectos como si se tratara de un gobierno de ultraderecha. Son convencionalismos que sólo en sus extremos se rompen para dar lugar a diferenciaciones inequívocas, como por ejemplo el racismo siempre asociado a la derecha y, en los últimos años, más característico de la ultraderecha. Empero, no todos los movimientos de derecha o de ultraderecha han sido racistas: para el fascismo italiano, el racismo fue menospreciado, mientras que para los nazis fue fundamental como doctrina; y ambas posiciones fueron de ultraderecha. En el presente, como ya se ha sugerido, la ultraderecha suele ser racista, entre otras características que ya se han apuntado y que se sintetizan en una palabra: la intolerancia. De aquí la preocupación incluso en ámbitos de derecha que saben que, como gobierno, tienen que tolerar la diversidad racial y cultural de los pueblos. Nadie, en la derecha moderada que domina al mundo de hoy, externa (como expresamente lo dicen los del Ku Klux Klan) que los negros deben vivir en África, los mexicanos en México y que Estados Unidos debe ser la patria de blancos y cristianos, como fue fundada, añaden.³¹ Las principales demandas de la extrema derecha europea y estadounidense son, en general, las siguientes: “nuestra nación es nuestra raza”, no a una sociedad multicultural, reestablecimiento de un Estado-nación independiente y fin a la globalización. Como puede observarse, las dos últimas demandas las suscriben algunas corrientes de izquierda, pero no las dos primeras. Otra demanda de la ultraderecha, con la que suele coincidir la derecha incluso moderada, es “ley y orden”. En los países llamados occidentales, tanto de Europa como de América, esta expresión suele materializarse como la lucha en contra del

³¹ Véase <http://www.kukluxklan.org/>. Aquí se lee “We don’t care who is superior and who isn’t. God made us all. We simply believe that the United States of America was founded as a white Christian nation.”

crimen (particularmente del crimen organizado) y de la corrupción, como justificación para aumentar y modernizar las fuerzas del orden que también sirven para reprimir la protesta social y determinadas garantías individuales.

Los tiempos actuales corren a una velocidad nunca vista, lo cual necesariamente tiene que provocar desconcierto. El pensamiento conservador se agudiza ante la incertidumbre; y en sectores de población desesperados ante la falta de expectativas, quizás opere la idea de aferrarse a propuestas francamente reaccionarias como el nacionalismo a ultranza, la raza, la pequeña propiedad (fruto, dicen, del esfuerzo de cada quien), la religión, el antiestatismo y otros símbolos semejantes. De aquí los avances de la ultraderecha y de la afirmación de la derecha en los gobiernos de casi todos los países del mundo actual.

Empero, no debería haber confusiones. La derecha puede gobernar con la ultraderecha, de la misma manera que ha gobernado y gobierna con la izquierda moderada (que no es anticapitalista). Es más, la derecha puede necesitar a la ultraderecha (directamente, como en la Austria de hoy o en la Alemania de los años treinta del siglo pasado, o indirectamente, como lo hizo Chirac para convocar a todos los partidos a votar contra el Frente Nacional en la segunda vuelta electoral de 2002), pero seguirá viendo como enemigos a los enemigos del capitalismo y partidarios del socialismo, por más que se quiera negar que esta dicotomía todavía tiene sentido en el mundo actual.

Recibido el 23 de enero del 2003
Aceptado el 21 de febrero del 2003